

EL EDIFICIO DE LA IGLESIA SIMBOLISMO Y REALIDAD

Siglos y siglos de civilización cristiana nos han acostumbrado a contar, entre los elementos habituales de la existencia, con las iglesias. Además de los edificios en que se desarrolla la vida privada y pública, ámbitos para los más diversos usos, poseemos esos ámbitos especiales, reservados al culto divino. Así, suele pasarse por alto algo fundamental: el que la construcción de iglesias no es tan sólo un hecho cultural humano, algo que surgiera de la mera capacidad inventiva de los hombres y que respondiera sólo a un deseo de transponer los límites de la cotidianidad para ponerse en contacto con un más allá entrevisto y anhelado. Si bien éste pudiera ser el caso en algunas religiones del pasado, y aún actuales, no lo es para la religión cristiana ni para su antecesora, la religión bíblica. La característica de estas dos es el ser reveladas, es decir: que en ellas, el encuentro entre el hombre y Dios se produce por iniciativa de este último. La religión bíblica tiene su origen en el llamado de Dios a Abraham, el que es arrancado de la vida común y al que se le pide creer en una promesa: que será padre de un pueblo de donde nacerá "aquél en que serán benditas todas las naciones" (*Gn* 12,3). Es en vistas de la llegada del Redentor, de la venida histórica de Dios "en la plenitud de los tiempos", que Abraham sale de su tierra, Caldea, y se dirige, sin saber, sólo creyendo a Canaán; y no contando con las posibilidades humanas, llega a tener aquel hijo prometido, el primero de una cadena de herederos que culmina en Jesucristo. Por ello Abraham es llamado "padre de los creyentes" (*Rom* 4,16) por inaugurar esa actitud típica de la religión revelada: la fe. Creer a la palabra de Dios y guiarse por ella, moverse según ella, es la respuesta humana a un Dios que, sin perder su intrínseca trascendencia, baja a la tierra, se muestra y se hace presente en la historia.

Este modo de vinculación entre Dios y el hombre (revelación - fe) también se pone de manifiesto en el lugar especial que los hebreos llegan a construir como morada de Dios entre ellos: *el templo*. Sólo después de varias generaciones, los descendientes de Abraham emprenden esta tarea; y lo hacen por expresa voluntad divina. Al pueblo ya muy numeroso que sale de Egipto en pos de Moisés, lo guía Yahvéh que se hace presente por medio de una nube

durante el día y una columna de fuego durante la noche y luego, desde que Moisés recibe la Ley, por medio de las tablas en que ella es inscripta y que son colocadas en la llamada "Arca de la Alianza". Mientras el pueblo peregrina por el desierto y aún después, durante el período de luchas contra los pueblos vecinos a su entrada en la Tierra Prometida, esta Arca de la Alianza, que constituye la presencia de Yahvéh, es llevada de lugar en lugar y protegida bajo una tienda de campaña; "Yahvéh puso su tienda en medio de los hombres", pero "no habita en casa hecha por la mano de los hombres".

Y sin embargo, llega un momento en que esta situación cambia. A *David*, el rey que acaba por afirmar el dominio del pueblo de Israel dentro de los confines que fueran asignados por Dios mismo, se le ocurre justamente el pensamiento: "Mira —le dice al profeta Natán—, yo vivo en una casa de cedro, mientras que Yahvéh permanece en una tienda...". Pero Yahvéh le hace saber por intermedio del profeta que aún no ha llegado el momento. Al contrario: le hace notar que es él mismo, Yahvéh, el que le edificará "una casa" a David. Se trata de la "casa real", a la cual se le promete, como otrora a Abraham, que "será afirmada para siempre". En cuanto a la "casa de Dios", el templo, será edificado por aquel que El ha dispuesto, el hijo de David, Salomón, (2 S 7,1-25). Este episodio es significativo: es el primero de una serie de episodios en que el Dios que habla, el Dios que se revela, marca la relación entre la construcción de una *casa material* —el templo— y una *casa espiritual* —una familia consagrada por Dios—. En ambos casos, la acción divina es la determinante. Es lo que afirma el salmo: "Si el Señor no edifica la casa, en vano trabajan los constructores". Hay más: Yahvéh unió la promesa a David de aquel "hijo" señalado para edificar su templo material con la de un tiempo de "paz". "*Salomón*" significa justamente "hombre de paz". Y de una manera misteriosa se alude en los textos de la promesa a ese "reino eterno" que fundará verdaderamente el Hijo de Dios por antonomasia, aquél que de una manera definitiva traerá la paz: paz entre los hombres y Dios "aunando en su carne la humanidad y la divinidad", paz entre ellos mismos como consecuencia.

Así, aquella primera concreción de la casa de Dios en medio de los hombres que es el *Templo de Jerusalén* construido por Salomón —así como el que le seguirá, tras el castigo de su destrucción a raíz de la infidelidad del pueblo—, revela un carácter simbólico que conservarán, más tarde, los templos cristianos: no se trata de meras construcciones materiales, sino de edificios "reveladores": revelaciones de una construcción única llevada adelante por Dios mismo, en la que los hombres son llamados a colaborar, integrándose en ella. Esta construcción es la Iglesia, el *cuerpo místico de Cristo*. Jesús no sólo habló del "templo" que era su cuerpo —morada de Dios, "Destruíd este templo y yo lo reconstruiré en tres días"— sino prometió "construir su Iglesia" sobre el fundamento del apóstol al que, por

ello, llamó "Piedra". Es por ello que éste, Pedro, como Pablo, en sus cartas, hablan de "construir la comunidad" y exhortan a todos los cristianos a entrar, como "piedras de su cuerpo", en la edificación aquella de la que Cristo es "piedra angular".

Y esta construcción de la Iglesia se sale de los ámbitos restringidos que mantuviera en el período preparatorio a su fundación: en adelante abarca a todos los pueblos e integra a todas las culturas. No es casual que sean *san Pedro* y *san Pablo* los que se refieren a esta construcción espiritual: cada uno de ellos representa justamente a una parte de la misma: el primero a los judíos y el segundo a los gentiles (paganos), y los dos reunidos en Roma en su muerte simultánea y en la veneración que se les dedica significan la reunión de ambos pueblos en un solo reino, la armonía conquistada por su fundador, Cristo, el rey de paz.

El edificio material es un símbolo óptimo: puesto que en él se ve la participación de elementos diversos y su integración en perfecta concordancia y concordia.

Desde los comienzos, la enseñanza eclesial marcó ese paralelo entre la imagen visible y la realidad invisible. Todos los *Padres de la Iglesia*, insisten en ello. Entre tantos textos ilustrativos, elegimos uno de *san Agustín*: "Salomón había edificado un templo al Señor, y este templo era tipo y figura de la Iglesia y el cuerpo del Señor... Así como Salomón había edificado aquel templo, el verdadero Salomón, nuestro señor Jesucristo, el verdadero pacífico, se edificó un templo... como dice el Apóstol: El es nuestra paz: El ha unido a los dos pueblos en uno. El, el verdadero pacífico unió en sí los dos muros de origen diferente y se hizo piedra angular tanto del pueblo creyente nacido de la circuncisión como del pueblo creyente que provenía de la gentilidad incircuncisa... Y para que no se piense que aquel Salomón fue quien edificó la casa de Dios, la Escritura, mostrándote a otro Salomón, dice al comienzo del salmo: "Si el Señor no edifica la casa, en vano trabajan los albañiles". El Señor edifica la casa... Muchos trabajan en la construcción —los que en la Iglesia predicán administran los sacramentos, etc.—, corremos, trabajamos, edificamos; pero nosotros hacemos exteriormente, el Señor edifica en el interior..." (Comentario sobre los Salmos).

Este escrito de san Agustín tiene particular interés porque corresponde al mismo período en que comenzaron a edificarse los primeros grandes templos cristianos en el imperio romano. Estos ilustran puntualmente esta concepción. En efecto, tras tres siglos de persecuciones, la Iglesia que había sido construida ocultamente, es decir, en el interior de las almas, sale por fin a la luz pública tras el edicto de Milán, promulgado en 313 por *Constantino*. Hasta entonces, se había podido ver con claridad que el Señor ha-

bía llevado adelante esa construcción obrando secretamente en los corazones de los gentiles, convirtiéndolos y fortaleciéndolos en muchos casos hasta el punto de volverlos testigos suyos en el martirio. Fue un período de lucha pues los poderes políticos establecidos eran adversos a esa religión nueva, traída por unos judíos a los que se despreciaba, y tanto más cuanto que, a diferencia de las otras religiones orientales que se integraron en los cultos oficiales colaborando a esa multiplicidad cosmopolita que constituía el Imperio, ésta, la cristiana, no transigía para nada con esta situación. La diferencia era tajante entre aquella aparente unidad que significaba la tolerancia —unidad aparente, pues encubría diversidad de creencias y, en gran medida, desconcierto, eclecticismo, y hasta eclecticismo— y esta otra unidad real de los cristianos, reunidos en torno de una sola fe y una sola autoridad. Y justamente esto, el hecho de poseer una unidad intrínseca, una verdadera concordia —corazones al unísono— les aseguró a los cristianos su victoria. Sin derramar otra sangre más que la suya, ellos lucharon y lograron la paz. Concretaron la enseñanza de los apóstoles: el crecimiento orgánico del cuerpo de Cristo, la consolidación de una institución que, sin oponerse a las culturas e instituciones humanas, iba a asumirlas finalmente transformándolas desde adentro al brindarles un espíritu nuevo. Así, la paz de Constantino no fue sino la manifestación exterior de algo que se estaba logrando. Desde el principio se había trabajado en esta paz. San Pablo había anunciado en el Areópago de Atenas a aquel “Dios desconocido” que los griegos entrevieron; y luego, tanto en Oriente como en Occidente desde el papa san Clemente, los primeros pensadores cristianos, reconocieron y proclamaron que “todo lo bueno y bello y verdadero” de las antiguas culturas había sido obra del mismo Logos que se había revelado de una manera especial en el pueblo judío, preparado por siglos mediante los profetas. Ahora, los gentiles reconocían a su vez el aporte bíblico-evangélico. Desde entonces, los “dos pueblos” podrían enlazarse, vivir en paz. Y adelantar juntos en esa construcción de la Iglesia, dándole al mismo tiempo una forma externa. De este modo, la fusión de las dos culturas que ya habían ido preparando los apologistas en el siglo II y los filósofos alejandrinos en el siglo III, continuaría con las dos generaciones de Padres surgidas tras la paz constantiniana, en los siglos IV y V y, alcanzando también al arte, lograría, por su intermedio, una manifestación visible.

Tanto como los pensadores, los *artistas cristianos* no necesitaron romper con la antigua herencia greco-romana. Al contrario: así como los primeros recogieron la filosofía de Platón a través del platonismo medio y de Plotino, así también los segundos no desdefiaron ni las formas arquitectónicas ni la iconografía que les ofrecía la tradición de los paganos. Solamente infundieron en ellas esa nueva alma del Evangelio. Ya antes, en el período primitivo de las catacumbas, el Hermes alado que conduce a las almas al banquete del Elíseo se había transformado en ángel, y el banquete, en el que prome-

tiera Jesucristo. Este mismo es representado bajo la forma luminosa de Apolo y como "Buen Pastor" bajo la más familiar del mismo Hermes ofrendando una oveja en el sacrificio de difuntos. En este siglo IV, en que la Iglesia necesita reunir a sus fieles para un culto público y hacerles evidente aquella idea de la construcción espiritual, se toma con toda naturalidad la *forma basilical*, usada hasta entonces para reuniones profanas —mercado, administración de justicia, etc.—: es lógico, pues se trata de reunir ahora otro tipo de asamblea —lo que significa la palabra en griego "*ekklesia*"—. Y también es lógico que, congregando ahora al pueblo para revelarles la gloria del que venció en la Cruz y mora a la diestra del Padre, atrayendo a todos junto a sí, se aprovechen aquellas formas paganas con que se celebraba la victoria y apoteosis de los emperadores: los arcos de triunfo. Justamente, las basílicas de esa época —en Roma, en Milán, luego en Ravenna— conducen procesionalmente al pueblo a lo largo de una doble columnata hacia el trono-altar, asentado entre dos arcos de triunfo. Y en la parte superior de éstos, en lugar de las conquistas de los emperadores, se representa la de Cristo. A su alrededor se congregan sus rescatados, los ciudadanos del Cielo. Y este congregarse de los hombres en torno del que los conquistó con su sangre para restablecerlos en su dignidad y hacerlos partícipes de su gloria se hace patente a los ojos de todos gracias a la figura central del ábside —arriba y detrás del altar—. Es Cristo de pie, como un emperador romano que "levanta la mano derecha en el gesto clásico del orador (alocución al senado, al ejército y al pueblo), y que con la mano izquierda entrega un libro a Pedro"¹. Del otro lado está Pablo. Y lo más notable: a Pedro y a Pablo los siguen, de cada lado, un cortejo de ovejas que salen de dos construcciones —apriscos o ciudades—. Una de éstas figura a Jerusalén, la iglesia de los judíos fundada por Pedro, y la otra a Belén que, por haber sido visitada por los Magos paganos, representa a la iglesia de los gentiles ganados a la fe por Pablo. Así el arte antiguo corroboró e ilustró el aserto de san Agustín y de los otros Padres: Cristo, el verdadero rey pacífico, convoca y reúne a los dos pueblos en un solo rebaño.

Más tarde, en los siglos del florecimiento del románico y del gótico, los monjes constructores y sus seguidores, imbuidos del concepto de "iglesia", guiados por la revelación, supieron encontrar a su vez una expresión eficaz de esta misteriosa edificación de la Esposa de Cristo a través de los siglos. Por una parte, integrando la escultura a la arquitectura, poblaron las paredes de estatuas para mostrar así a los cristianos como piedras vivas y miembros del Cuerpo de Cristo, y en algunos casos como verdaderas "columnas" del Templo de Dios. Las "estatuas-columnas" son elocuentes,

1. Frederic van der Meer, *L'Apocalypse dans l'art*, Anvers, 1978.

así como el simbolismo de su ubicación: en la fachada lateral del lado norte, que en Europa recibe una luz tenue, colocaban a los profetas del Antiguo Testamento, que veladamente columbraron el misterio de la Redención; y en la fachada del lado sur, en la que la luz da con toda su fuerza, a los apóstoles y evangelistas que vieron con sus ojos al Salvador, Luz del mundo. El templo toma forma de cruz, mostrando así que la Iglesia se asienta sobre la pasión del Redentor, y sobre el tímpano de la puerta principal representaban a Jesús, que es la "puerta" de las ovejas, pero a un Jesús glorioso, rodeado por los cuatro vivientes y los 24 ancianos, según la revelación de Apocalipsis 4, como indicando que por esa puerta se entra al Cielo, de cuya liturgia participa anticipadamente la liturgia que se celebra en cada templo terrenal. Por otra parte, los artistas medievales concibieron la forma arquitectónica de la iglesia de manera que reflejase la asunción de lo temporal por lo eterno, lo humano por lo divino, a semejanza de Jesucristo, en quien la naturaleza humana se une a la divina en la persona divina. El gran estudioso de arte Hans Sedlmayr señala esta forma peculiar —ya visible en los templos de Bizancio— y la llama "forma abarcante". Consiste en componer las paredes del edificio del templo mediante grandes arcadas que "abarcen" uno, dos o tres pisos de arcadas más pequeñas. Estas componentes "abarcadas" representan los elementos terrestres o humanos que son asumidos por la gran realidad divina, integrados, incorporados en ella. La concepción medieval es: "lo temporal existe en el marco de lo sobrenatural"². A ella se llegó gracias a que los artistas se atuvieron a la enseñanza eclesial, según lo atestiguan textos como el del II Concilio de Nicea, de 787: "La composición de las imágenes no proviene de la iniciativa de los artistas, sino de las enseñanzas de la Iglesia y la tradición; sólo el arte pertenece al artista, el orden y la disposición pertenecen a los Padres".

La realidad hecha visible mediante el simbolismo del arte corresponde tanto a un hecho temporal como a la plenitud eterna. Ya la Iglesia se está construyendo en la tierra, en los tiempos que corren y con los fieles que están congregados en el templo. Pero lo que se quiere marcar, sobre todo, es que este hecho apunta a otro, invisible, pero no menos real. El hecho por antonomasia es el definitivo, la realidad eterna: el Cielo donde ya está Cristo entre sus ángeles y rodeado de muchos hombres —santos y ancianos que figuran las primicias de la humanidad—. Y lo que sucede en el tiempo y en ese espacio concreto que es el templo, no es sino la prefiguración de lo que es y será para siempre, el lugar adonde somos convocados. Lo que tiene lugar en el templo, la liturgia, el servicio público del pueblo a su Dios, no es un acto meramente humano, sino un don divino que incorpora lo humano:

2. Hans Sedlmayr, *Epocas y obras artísticas*, I, Rialp, 1965.

la participación, por la gracia, en la liturgia arquetípica; eterna, la liturgia celestial.

Esto es doctrina tradicional de la Iglesia. Expresada innúmeras veces a lo largo de veinte siglos, ha sido reiterada en los últimos tiempos por la Constitución *Sacrosantum Concilium* del Vaticano II. Su artículo 4 dice: "En la liturgia terrena preparamos y tomamos parte en aquella liturgia celestial que se celebra en la santa ciudad de Jerusalén, hacia la cual nos dirigimos como peregrinos, y donde Cristo está sentado a la diestra de Dios como ministro del santuario y del tabernáculo verdadero; cantamos al Señor el Himno de gloria con todo el ejército celestial (los ángeles); venerando la memoria de los santos, esperamos tener parte con ellos y gozar de su compañía; aguardamos al Salvador, nuestro Señor Jesucristo, hasta que se manifieste El, nuestra vida, y nosotros nos manifestemos con El".

El templo cristiano y la liturgia que en él se representa hacen visible lo invisible: la vida misma de Cristo y de su cuerpo, la Iglesia. Allí cobra sentido la historia, integrada a su fin eterno, y se hace patente que los pueblos y tiempos más diversos confluyen en un solo camino que lleva a la plenitud, que todo cuanto existió, existe y existirá puede entrar, por virtud de la gracia, a colaborar en la construcción de esta única y dichosa realidad: "En efecto, la liturgia... contribuye en sumo grado a que los fieles expresen en su vida y manifiesten a los demás el misterio de Cristo y la naturaleza auténtica de la verdadera Iglesia. Es característico de ésta ser a la vez humana y divina, invisible y dotada de elementos visibles, entregada a la acción y dada a la contemplación, presente en el mundo y sin embargo peregrina, todo esto de suerte que en ella lo humano esté ordenado y subordinado a lo divino, lo visible a lo invisible, la acción a la contemplación, y lo presente a la Ciudad futura que buscamos. Por eso, al edificar día a día a los que están dentro para ser templo santo en el Señor y morada de Dios en el Espíritu, hasta llegar a la medida de la plenitud de la edad de Cristo, la liturgia... presenta así a la Iglesia, a los que están afuera, como signo levantado en medio de las naciones para que debajo de él se congreguen en unidad los hijos de Dios que están dispersos, hasta que haya un solo rebaño y un solo Pastor". (*Sacrosantum Concilium*, 2).

Inés de CASSAGNE